

Pensamientos que en mi mente
bullís, y que sois mis *hijos*;
malogrados pensamientos
de mis malogrados libros:
os asesinan las artes
de mis propios asesinos.
Os aborrecen, y os matan,
por eso: porque sois míos.



Sentid, como yo, las grandes
tristezas de nuestro sino;
mas ¡no suspiréis! En frente
de tan viles enemigos,
antes de morir, tengamos
el valor de maldecirlos.



ENLOQUECIENDO



ENLOQUECIENDO

Siento, á menudo, que mi pobre
triste cerebro, pierde, pierde,
luz y vigor.

Que no concibo las ideas
sino con una gran fatiga,
sin precisión.

Tal debe ser la grande angustia
con que la Tierra ve que pierde,
¡ya por instantes!,
la luz del Sol.



Mas, ¡ay!, que el Sol torna á la Tierra.

¡Con qué esplendor!

¡Con qué poder!

¡Y yo, á la Vida ¡tan hermosa!

ya nunca, nunca, volveré!



Me paso las horas diciendo:
¡Ya no puedo más!

Y aún sigo, prosigo, viviendo;

con que dicen todos: «¡El que no podía!»...

¡Y de esta agonía

no saldré jamás!





¡Muérete, y verás!, decía
el gran Don Manuel Bretón,
con irónico despecho,
con sarcástico dolor.
Mas ¡ay! que el genial poeta
solo á medias acertó,
por modo tal expresando
su amarga desilusión.
Lo vé... quien medio se muere,
¡como estoy viéndolo yo!





Tres años llevo de angustia,
con mi dolor, con mi Cruz.
Tres años ya, sin que sepa
lo que es vivir con salud.
Tres años bajo la Muerte;
¡bajo su horrenda segur!
Mas, ¿qué importan, ni que valen,
tanto mal, tanta inquietud?
Mis ojos eleve al cielo,
tan piadoso, tan azul.
¡Qué no sufrió, por los hombres,
mi Dios, y con qué virtud!
Cuánto ¡por mí!, ¡desangrando
sobre un madero!!, Jesús.





¡Qué noche, de grandes encantos!
Hay miles, millones de estrellas;
¡cuán fijas, cuán puras;
gozosas, radiantes! . . .
Y luchan con ellas,
cruzando los cielos,
perdidas y blancas estrellas errantes . . .



¿A dónde gravitan? ¿Qué sombras
aguárdanlas ya . . . ?
¡Qué grandes misterios descubren acaso!
¡Quién fuese con ellas; allá, donde vayan!
¡Allá, por los cielos...! ¡Allá! ¡¡Más allá...!!





¡Sil! ¡Quién fuese por fin, con las estrellas
á través de los cielos;
con las estrellas pálidas, errantes,
que brillan como lágrimas de fuego!



¡Quién fuera, con sus luces,
rasgando sombras, desgarrando velos,
hacia la Luz Divina,
donde acaben las sombras del Misterio!



¡Quién descubriese el fin de las tinieblas,
tinieblas transitorias,
en el claro principio de lo Eterno!



Dios Santo, que me miras:
escucha Tú mis ruegos.





Quiero abrir á la Fe todos mis ánimos,
y abrir el corazón á la esperanza.
Cesad, cesad, los ayes lastimeros . . .
Seguid ¡consoladoras!, las plegarias . . .

.....
.....
.....



POESIA DEL CIELO

AL LECTOR



AL LECTOR

Las poesías que van á continuación — suave remanso de un alma dolorida — son las únicas que compuso el autor para su proyectado libro *Poesía del Cielo*.

Grandes eran los entusiasmos del poeta para su nueva obra y vasto su plan; pero cuando con más afanes se aprestaba á continuar su comenzado trabajo, la muerte le arrancó de esta vida y segó en flor el árbol que anunciara tan sazonados frutos.

En *Poesía del Cielo* había puesto el poeta sus mayores esperanzas. Quería él, con este libro, terminar el tríptico poético que había imaginado al escribir *Poesía de la Sierra* y *Poesía del Mar* y compendiar, en las nuevas composiciones, toda su obra lírica, toda su fe...

En tres partes principales se dividía el plan de la obra. La primera, esencialmente objetiva,

estaba dedicada al cielo en su aspecto sideral y á los fenómenos atmosféricos; la segunda, *Cœlum in terra*, hubiera recordado la leyenda divina, la vida de Jesús, el enviado del Cielo, en este mundo; habría terminado esta parte con una poesía á *La Ascensión del Señor* y hubiera estado dedicada, por último, la tercera, puramente subjetiva, á poner de manifiesto la aspiración del poeta á la vida inmortal, en una serie de composiciones inspiradas en el Dolor, que purifica, y en una viva y ardiente fé.

En *Poesía del Cielo* cifraba su autor, como antes decimos, grandes ilusiones.

Ya lo escribía él mismo en uno de sus momentos de angustia: «Una de mis mayores penas,—lo sabe Dios,—en estos días de tantas, nace de pensar que al morir, muere conmigo, apenas comenzado, el libro en que fundé más y mejores esperanzas.

Hubiera formado grupo independiente con *Poesía de la Sierra* y *Poesía del Mar*, que al quedarse desvalidas de su concurso, quédanse en gran pobreza.

El lector presunto de *Poesía del Cielo* hubiera advertido pronto notables relaciones entre los

tres libros; cómo estaban animados los tres por un mismo espíritu; cuál era este, y cuál la verdadera significación de la obra total y de cada una de sus partes.»

La poesía final, *De hinojos*, hubiera sido el resumen de los tres libros. La comenzó el poeta en sus últimos días y á medio hacer quedó.

Sean los puntos suspensivos que la terminan un tributo á su memoria.